

El motor de la esperanza

“Mantengamos firmemente la confesión de la esperanza, pues el que hizo la promesa es fiel” (Heb 10,23)

1. ¿Cuál es una de las dificultades mayores que tantos matrimonios y tantas familias encuentran en su caminar cotidiano? Sin duda alguna, la falta de esperanza.

Si la experiencia de amor permitió entender el propio destino en la unión con la otra persona, y en la unión con Dios en último término, y si la persona creyó a esta promesa de comunión con un verdadero acto de fe (cf. Heb 11,1), creyó a lo que el amor le revelaba (cf. Rom 4,18), ahora, sin embargo, la promesa se ve especialmente lejana. ¿Por qué? ¿Acaso fue una ingenuidad el acto de fe? No lo creo. Porque en su correspondencia con los deseos más profundos del corazón se apreciaba su verdad. No es tan fácil negar lo que hemos creído, ya que constituye nuestra identidad.

La lejanía se refiere principalmente a esa distancia que se establece entre lo que ahora somos y ahora tenemos y lo que estamos llamados a ser. Si en la fe la atracción de la promesa era tan sugestiva, ahora, poniéndose en camino, uno experimenta cuánto es lejano el destino, cuánto es grande, superior a las propias fuerzas. Y comienza a prender una desesperanza en el corazón. “No seré capaz de alcanzarlo”. “Es superior a mis fuerzas”.

Y ciertamente lo es. Pero ya aparecía así en la misma revelación del amor. Ahora, sin embargo, se experimenta la inutilidad y desproporción del propio esfuerzo delante de una promesa de esa magnitud.

La falta de esperanza afloja la tensión, disminuye el interés, repliega las fuerzas, reconcentra en los pocos recursos propios, nos cierra en nosotros mismos. Y dejamos de tender, de pretender aquello que con tanto afán deseábamos. Esto es, la tensión hacia la comunión con Dios en la comunión humana. La tensión en el construir la promesa en la realidad cotidiana.

Lam 3,18: “y he dicho: ha perecido mi esplendor y mi esperanza en Yahvé”.

2. ¿Cuál es el peligro ahora? Sencillamente, una vida sin esperanza se abandona a las circunstancias. En la corriente impetuosa del río, el naufrago que pierde la esperanza de alcanzar un asidero, se deja llevar por el flujo vertiginoso. Con ello pierde todo el protagonismo en el guiar su vida aquí o allí. Va donde le lleven las corrientes. Igual ocurre con un matrimonio y una familia que pierde la esperanza: se abandona al flujo de la vida que con sus mil tensiones que amenazan destruirlo: las tensiones en el trabajo, con los amigos, en la familia misma... son fuerzas que uno no controla, porque no tiene energía propia, ni sabe cómo afrontarlas. Ante estas tensiones, no pudiendo redirigirlas ni enfocarlas, uno solo encuentra una manera de reaccionar: la queja (cf. Ez 37,11; Job 7,6; 17,15). La falta de esperanza va unida a una radical lamentela con la cual uno pretende desresponsabilizarse de lo que hace para responsabilizar a otros de su situación. Otros. ¿Qué otros? Los políticos, los jefes, el cónyuge, los amigos... a los que uno va tomando una singular ojeriza.

Junto a esta falta de energía para afrontar los retos de la vida y sus dificultades, así como al espíritu de lamentela, vienen a juntarse otros virus singulares: el pesimismo, que nos lleva a mirar siempre en negativo, las dudas sobre el futuro, que nos paralizan en tantas posibles pequeñas iniciativas.

3. Cuando nos asedia la desesperanza es cuando entendemos el tesoro que es tener esperanza (cf. Rom 5,5; 2Cor 4,7). ¿Por qué un tesoro? Porque es el motor de una vida, el impulso de un camino (cf. Rom 12,12). Con ella el futuro se hace cercano, no lejano. Con ella se afrontan las novedades sin miedo (cf. 2Cor 3,12). Con ella las dificultades no son un obstáculo insalvable (cf. Col 1,23). Con ella es uno mismo a gobernar la vida y las reacciones a las dificultades. El tiempo deja de ser una medida incierta en la que se suman instantes desconexos para adquirir una unidad singular. Es la esperanza la que nos permite vivir la propia vida con verdadero protagonismo, siendo actores de nuestra vida, autores que componen con creatividad.

1Tim 4,10: “Por esto trabajamos y luchamos, porque hemos basado nuestra esperanza en Dios vivo, que es Salvador de todos los hombres, principalmente de los creyentes”.

Ahora bien, la esperanza no es en modo alguno confundible con un vano optimismo. Es cierto que una persona optimista tiene una visión singular de la vida. Y que es verdaderamente agradable vivir con una persona que aprecia siempre la botella medio llena. Pero la esperanza no es optimismo. Y no lo es por una razón esencial: porque aunque la botella esté casi vacía y una visión optimista sea un insulto en tal caso, la esperanza es capaz de encontrar un apoyo nuevo para afrontar el misterio que esa situación encierra. Veamos cómo.

4. Lo esencial de la esperanza no es el optimismo que da el verse con fuerzas y luz para afrontar los retos de la vida. Lo esencial en la esperanza es el apoyo nuevo con que uno cuenta para afrontar los retos de la vida. Porque si la vida es más grande que nosotros, como la fe nos descubre, los retos que nos presenta son más grandes que nuestras fuerzas. Ahora, ante esta situación, la esperanza ofrece un apoyo para afrontar los retos (cf. 1Tes 5,8). El apoyo de la ayuda de Dios, ya que nos ha prometido actuar en nuestra historia) Y en su palabra confiamos. Afrontar la vida con un apoyo... esto es la esperanza. Y la medida de la esperanza depende de la medida del apoyo. Esperanzas humanas, tienen apoyos humanos. Frágiles, en último término, por lo que se trataría de una esperanza sin fundamento último para afrontar la vida en su globalidad. Esperanzas divinas, tienen apoyos divinos.

Rom 5,5: “La esperanza no defrauda, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado”.

Porque ¿qué esperamos en último término? La promesa que Dios nos ha hecho en la experiencia de amor, de una vida plena en la comunión con otra persona formando una familia en la que Dios pueda habitar, se realizará: y se realizará por su intervención en nuestra historia. Esta es nuestra esperanza: la comunión plena con Dios que sacie el hambre de felicidad que todos llevamos dentro. Dios nos ha hecho así: con un hambre que no se satisface con cosas, ni con proyectos humanos, porque cuando es saciada solo con ellos, siente más sed, y pide más. Y ese más, por sí solo el hombre no puede producirlo. Es un más que supera nuestras capacidades. Pero el Señor nos ha prometido que nos ayudará, que él nos lo regalará, y que regalándonoslo, alcanzaremos la plenitud.

Rom 15,13: “Que el Dios de la esperanza os llene de toda alegría y paz cuando ejercitáis vuestra fe, para que reboséis de esperanza por el poder del Espíritu Santo”.

Pero el regalo ya lo tenemos. Porque se ha hecho hombre para poder ofrecernos su apoyo a nuestra vida, para poder actuar en nuestra historia y cambiar su curso, afianzándolo. Más aún, como uno de los nuestros ha entrado en el Santuario Celeste (Heb 9,11-12.24ss). Desde entonces en la Trinidad está un Hombre. Uno de los nuestros ha entrado como el Primer Hombre. Y con Él todos nosotros estamos anclados en el cielo (Heb 9,15). He aquí la definición más formidable de la esperanza: es el ancla a la

que podemos asirnos en nuestras borrascas y en la que podemos sostenernos para ir avanzando hacia la plenitud que Dios nos ha prometido. Y en este ancla es Él quien tira de nosotros hacia sí.

Heb 6,18-19: “[...] tengamos ánimo esforzado quienes buscamos refugio en aferrarnos a la esperanza que se nos propone, la que tenemos como ancla del alma, segura y firme [...]”

Es ahora cuando la vida tiene un motor singular. Podemos aspirar a la comunión con Dios, y a la comunión con los santos –la comunión con los amigos de Dios a la que estamos llamados nosotros y todos los que nos rodean, porque el Señor ha vencido y está triunfante anclándonos a todos en el cielo.

La esperanza entonces no es el vago deseo de que todo vaya bien, sino la seguridad de que al final, triunfará el Señor en nuestra vida: en el matrimonio, en la familia, en los amigos, en la historia. Triunfará, esto es, el plan del Señor se realizará (cf. 2Co 1,10). Se realizarán sus promesas de las que tuvimos una pequeña intuición en nuestras experiencias de amor.

Esperamos, desde luego, la bienaventuranza eterna. Entrar en ella no solamente nosotros, sino también con aquellos a los que estamos anudados en nuestra historia, aquellos a los que amamos y por los que somos amados. Pero, lo sabemos bien, ahora esta bienaventuranza se realiza en el signo de la cruz: en la pobreza, en la cruz, en las dificultades, en la incompreensión, en el llanto... Lo que mantiene la esperanza en esa situación de adversidad es la seguridad del ancla que tenemos.

Rom 8,20-25: “[...] la creación quedó sometida al fracaso, no por su gusto, sino a causa del que la sometió, con esperanza de ser también ella misma liberada [...] también nosotros, que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo [...] Si esperamos lo que no vemos, aguardamos con paciencia”.

5. La esperanza se apoya en la acción de Cristo, que en la historia nos ha abierto el camino hacia la Patria definitiva (cf. Heb 11,14-16). Una acción que no quedó encerrada en el tiempo concreto de aquel 14 de Nisán. Porque el mismo Señor ha querido que su acción salvadora, su acción que cambia el curso de nuestra historia, se perpetuara en la historia para tocar a todo hombre. Desde entonces la Eucaristía se convierte en el alimento de la esperanza (“siempre que coméis ese pan y bebéis ese cáliz, anunciáis la muerte del Señor hasta que vuelva”; 1Cor 11,26). Y lo es porque en ella se actualiza el acto supremo de amor de Cristo por el que cada uno de nosotros somos salvados. Esto es, se hace presente Cristo en el acto de su entrega al Padre por todos nosotros: “es mi Cuerpo que se entrega por vosotros” “es mi Sangre que será derramada” (Mt 26,26-28 y parl).

Cristo en el momento sublime de su entrega, de su don de sí mismo por cada uno de nosotros, se hace presente en la Eucaristía. Así, contemplando este don de sí, comprendemos que Cristo se nos da para que nosotros podamos a nuestra vez donarnos. El motor de esa entrega a la que nos llama Cristo en nuestra vida cotidiana es, precisamente, la esperanza que nos sostiene: que la acción de Cristo nos acompaña, que no estamos solos para afrontar los retos de la vida, para recorrer un camino que nos conduce a metas más altas de lo que nuestras capacidades nos permiten.

Cierto, la vida es más grande que nosotros. Nuestra vocación es más grande. Pero la esperanza que tenemos es también más grande, porque es la presencia de Cristo que se acerca a nosotros para ayudarnos.

Col 1,27: “a quienes Dios quiso dar a conocer cuál es la riqueza de la gloria de este misterio entre los gentiles, que es Cristo en vosotros, la esperanza de la gloria”.

1Tim 1,1 “Jesucristo, nuestra esperanza”.

Aprendemos a esperar rezando. Ante Cristo Eucaristía poco a poco aprendemos a vivir en el tiempo, a mantener en el tiempo nuestras promesas a Dios, a dirigir nuestra vida a la comunión a la que nos llama. Muchas veces dices que te falta esperanza. Y me pregunto ¿la pides? ¿La pides ante Cristo Eucaristía? ¿Te alimentas cotidianamente de Cristo Eucaristía?

Santa María de la Esperanza: contárganos tu serena seguridad.

1. Comenta la siguiente afirmación: “una vida sin esperanza es difícil, pero una esperanza sin fundamento es aún más terrible”.

2. Distingue entre esperanza y optimismo

3. Esperanza humana y esperanza divina ¿Qué relación hay?

4. Relaciona el fundamento de la esperanza con el amor, parte de ello viéndolo en tu propia vida: ¿en qué manera el amor de los demás es una esperanza para ti y porqué?

5. Crecer en la esperanza ¿es posible? ¿Cómo? ¿Qué papel juegan las contrariedades en ello?

6. En qué manera la Eucaristía es el alimento de la esperanza

7. ¿Por qué la esperanza hace posible una vida excelente?